



## Los bajitos

Por José María Lozano Cabezuolo

Llega la Semana Santa y lo comprendo todo. Cuando parecía que los rituales de la Semana Santa se habían quedado para disfrute de puritanas y santurriones, enseguida los políticos se propusieron revitalizar aquello que estaba agonizando. Me afecta ver a la señora de Cospedal de mantilla y procesionando en Toledo, me irrita ver las fotos que acreditan la visita de la socialista Susana Díaz a las cofradías malagueñas del Cristo de la Legión y la del Cautivo. Me conmueve como algunos políticos de mi pueblo se las arreglan en estas fechas para creer en Dios sin necesidad de pruebas concluyentes, y la manera de posicionarse a la cabeza de las procesiones todo emperifollados, cuidando mucho el envase.

Me consta que hay creyentes a los que también les chirría que los políticos tengan que hacer acto de presencia en los territorios del espíritu. De cualquier forma, los socialistas siempre han demostrado una gran confusión entre la expresión pública y privada en materia de fe (cuando un servidor sugirió el nombramiento de un sacerdote -admirable por tantas razones-, como hijo adoptivo del municipio, la máxima autoridad política de la villa miró para otro lado, y hasta ahora). Defienden una sociedad laica, pero con demasiada frecuencia estos ciudadanos descreídos se colocan en la primera fila de autoridades a la hora de las celebraciones religiosas. Demuestran una total falta de tacto hacia los no creyentes para los que también gobiernan. Personalmente, cuando veo a la presidenta de la Junta de Andalucía posando entre legionarios que velan la figura del Cristo en la Cruz se me viene a la cabeza un pensamiento inmediato, ¿esta es la renovación que nos espera?

En mi experiencia diré que los socialistas, cuando reciben críticas por participar en actos religiosos, se irritan sobremanera. No así los del PP, que cuentan con que Dios está de su parte y sacan pecho. Tan seguros se muestran de su alianza con el Altísimo que está uno por pensar que igual tienen razón.

Con frecuencia he oído decir que todo político es un ser como otro cualquiera que, en un momento de su desarrollo y, lo más frecuentemente, durante su estancia en el vientre materno, padeció una lesión cerebral que, en apariencia, apenas altera su aspecto y sus facultades, pero que le convierte en el más anormal de los ciudadanos.

Ya puestos ahí, y sentado ese principio poco menos que frenológico<sup>1</sup>, es menester entrar en el terreno de la crítica. Si bien en mi trato personal y laboral con los de la clase política yo no he hallado los síntomas habituales de lesiones orgánicas cerebrales (pérdida de la memoria, anquilosamiento de conceptos, deterioro intelectual), no por eso ha de ser excluida su existencia. Por ejemplo, estos hombres demuestran escásima emoción en lo referente al ámbito cultural. Cuando los políticos se meten en cultura la catástrofe es inevitable, yo puedo dar fe de ello porque los sufro a menudo, y apelo al corazón porque llegados a este terreno me sulfuro<sup>2</sup>, la cabeza poco tiene que ver con este asunto. Me ocurre con los desatinos que veo lo mismo que a Don Quijote con las viejas novelas de caballerías, me trastorno.

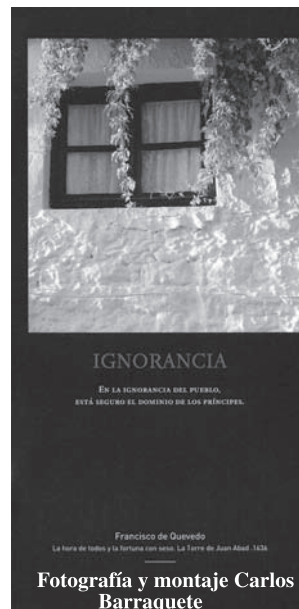
1 Frenología, RAE: Antigua doctrina psicológica según la cual las facultades psíquicas están localizadas en zonas precisas del cerebro y en correspondencia con relieves del cráneo. El examen de estos permitirá reconocer el carácter y aptitudes de la persona.

2 Sulfurar, RAE: coloco, irritar o encolerizar a alguien.

Hace más de ochenta años escribió Ortega en *El espectador* algo muy sugestivo: “Sólo hacemos perfectamente lo que es un poco inferior a nuestras facultades. La sociedad sería perfecta si los ministros fueran gobernadores de provincia; los profesores de universidad, maestros de segunda enseñanza, y los coroneles, capitanes”. Ambos, el filósofo y ensayista profesional y el aficionado, llegamos a conclusiones no muy distintas. ¿No quieren los políticos lucir más y mejor? Pues que se preparen. Y estudien. Y supliquen perdón si se equivocan. Y tomen las resoluciones, no digo yo que de rodillas, pero sí contando con los demás, dejando de considerarse a sí mismos las únicas personas importantes y significativas del mundo entero. Porque es la cultura ese asuntillo que tienen entre manos. Ni más ni menos. Algunos alcaldes de por aquí forman parte de esa tribu denominada como “grandes discapacitados”, bautizados así porque tienen un serio problema de invidencia, además de ser sordos y mudos. Yo he conocido algún discapacitado de alto *standing*, es decir, los demás no existíamos en su mundo, éramos invisibles. No parecía que por sus oídos se introdujeran las palabras pronunciadas por los demás. Con poca inteligencia, si uno tiene el poder, se cree que es el amo del universo. Los disparates que puede llegar a cometer son inmensos, porque son sujetos que no escuchan a nadie. Para llevar bien el poder hay que saber medir sus consecuencias. Hay personas que lo desean, pero que no se dan cuenta bien de la responsabilidad que conlleva. Esto es muy frecuente entre los políticos.

¿Será entonces que el poder entontece? Más que entontecer yo diría que el problema radica en creerse más de lo que uno es. “Son los soberbios como el humo, que cuanto más se levantan, más se van desvaneciendo”, solía decir don Francisco de Quevedo. Y William Shakespeare, aquel a quien casi siempre hay que citar para evitarnos el esfuerzo de un plagio, dejó escrito con su habitual tono de sobrecogedora sencillez: “En la vida no somos más que una sombra andante, un pobre actor que se agita y jacta durante su tiempo en escena y después no se oye más”.

Hace tiempo tuve un perro bajito. Pero no por enano, sino porque a su raza le correspondía esa talla. Era, por tanto, fiel a los proyectos de su naturaleza. Y obraba de acuerdo con ella: se engreía a su modo y conocía sus límites. (De cachorro se enamoró de una *san Bernardo*. Fue su primer amor desesperado. Se llamaba Blanca y solo le llegaba a mitad de la pata. Cuando se frotaba contra ella, la perraza bajaba la cabeza y le lamía. Regresaba a casa húmedo y chupado igual que un caramelo. Ya adulto, no le ocurrió más caer en semejantes delirios de grandeza). Porque lo malo no es ser bajito: lo malo es no querer reconocerlo. Lo malo y lo ridículo. Un hombre pequeño puede hacer cualquier cosa menos crecer. Cuanto más se empine y engole la voz y aumente el gesto, más patente hará su pequeñez. Nada subraya tanto una carencia como pretender ocultarla. Y sucede a menudo. Mucho más a menudo de lo que imaginamos. Quizá a todos, en algún aspecto, nos suceda.



Fotografía y montaje Carlos Barraquete

# D

# Dam, s.a.

TRANSPORTE, ALMACENAJE, DISTRIBUCIÓN E INSTALACIÓN

C/ Edison, 9 - Polígono San Marcos GETAFE  
Teléfs.: 91 683 67 77 / 99 - 91 683 25 17 - Fax: 91 683 01 12  
E-mail: dam.madrid@distribucionesdam.com  
28906 MADRID






C/ Río de Janeiro, 6 - Polígono Industrial Centrovía  
Tels.: 976 14 46 55 - Fax: 976 14 46 57  
E-mail: dam.zgza@distribucionesdam.com  
50196 LA MUELA (Zaragoza)